

LOS ORÍGENES DE LAS GACETAS

Sistemas y prácticas de la información entre los siglos XVI y XVII*

Mario Infelise

Università Ca' Foscari di Venezia. Dipartimento di Studi Storici
San Marco, Calle Gritti 2546. 30124 Venezia (Sede Centrale)
infelise@unive.it

Resumen

Después de la instauración de la imprenta en Europa y antes de la generalización de las gacetas como principal instrumento informativo, las hojas manuscritas que confeccionaban los *reportisti* o *menanti* cumplieron la misión de abastecer de noticias a los políticos y al público en general. Tomando como referencia ciudades italianas como Venecia, Roma o Bolonia, se analiza esta práctica informativa durante los siglos XVI y XVII.

Palabras clave: historia de la información, hojas volantes, gacetas.

Resum. *Els orígens de les gasetes. Sistemes i pràctiques de la informació entre els segles XVI i XVII*

Després de la instauració de la impremta a Europa i abans de la generalització de les gasetes com a instrument informatiu principal, els fulls manuscrits que confeccionaven els *reportisti* o *menanti* van acomplir la missió d'abastir de notícies els polítics i el públic en general. Prenent com a referència ciutats italianes com ara Venècia, Roma o Bolonya, aquest article analitza l'esmentada pràctica informativa durant els segles XVI i XVII.

Paraules clau: història de la informació, fulls volants, gasetes.

Abstract. *The origin of newspapers. Systems and practices of information during the xvith and xviiith centuries*

After the invention of the printing press and before the circulation of newspapers as the main source of information, the manuscripts done by the so-called *reportisti* or *menanti* were the main source of information for politicians and all sort of readers. Taking as reference some Italian cities as Venice, Rome or Bologna, this article analyses this kind of source during the xvith and xviiith centuries.

Key words: history of information, leaflets, newspapers.

* Traducción de Núria de Lucas Val y Javier Antón Pelayo.

Sumario

- | | |
|---------------------------------------|--------------------------------|
| 1. Introducción historiográfica | 4. Las hojas |
| 2. Orígenes de los acisos manuscritos | 5. La impresión de las gacetas |
| 3. Los nombres | 6. El público |

1. Introducción historiográfica

En las últimas décadas, los estudios sobre la imprenta han concentrado su atención sobre el libro impreso, considerándolo el principal medio de transmisión del conocimiento. Es por ello que, a menudo, han permanecido marginados otros sistemas y, sobre todo, han sido desatendidas las modalidades de integración y de interferencia entre medios diversos. En otras palabras, no se ha tenido suficientemente en cuenta que el universo informativo de la Europa de la primera edad moderna, más allá de estar caracterizado por un nuevo *medium* único y poderoso, estuvo en realidad sujeto a una pluralidad de instrumentos, cada uno de ellos dotado de sus propias peculiaridades y finalidades, si bien siempre relacionados entre sí.

En los últimos años, nuevos estudios han comenzado a proponer un cuadro más articulado de las relaciones de la sociedad occidental con los medios de comunicación, al tiempo que aspectos largamente ignorados del sistema comunicativo, se han convertido en provechosos campos de investigación. Un reciente libro de Françoise Waquet, por ejemplo, ha ofrecido una original mirada sobre las prácticas y las formas de la comunicación oral docta y sus relaciones con los usos de la imprenta¹. Además, las investigaciones sobre la circulación de la producción escrita en la edad moderna han subrayado el mantenimiento del manuscrito al menos en determinados ambientes. En este caso, no se ha tratado de evidenciar las persistencias de los viejos usos que han sobrevivido o de reconsideraciones del debatido problema sobre la continuidad y/o discontinuidad determinada por la invención de los caracteres móviles, sino de afrontar aspectos menos conocidos o completamente ignorados de la presencia de la escritura en la cultura urbana europea. Los crecientes éxitos del libro impreso entre los siglos XV y XVIII, de hecho, no anulaban de golpe el uso del manuscrito, el cual por diferentes razones continuó teniendo una función no marginal en la difusión de determinados productos de la cultura escrita. En Inglaterra, por ejemplo, las investigaciones de Harold Love y de H. R. Woudhuysen han dado luz sobre la importancia de la circulación manuscrita en el siglo XVII en el ámbito poético y literario. La importancia del fenómeno ha llevado a Love a definir las características de la *scribal publication* en relación con la creciente difusión de la producción impresa, que —como Love subraya— «had a role in the culture and commerce of texts just as assured as that of print publication»².

1. Françoise WAQUET, *Parler comme un livre. L'oralité et le savoir (xvi-xx siècle)*, París: Albin Michel, 2003.
2. Harold LOVE, *Scribal Publication in Seventeenth-Century England*, Oxford: Clarendon Press, 1993; H.R. WOULDHUYSEN, *Sir Philip Sidney and the Circulation of Manuscripts 1558-1640*, Oxford: Clarendon Press, 1996.

La publicación, por tanto, no fue siempre producto de la operación tipográfica. Existían diversos niveles de publicación, más o menos fuertes, que se fueron poco a poco perdiendo en un tiempo no demasiado lejano³. Las certezas de los tiempos caracterizados por la uniformidad de la imprenta, puestas ya en duda por los estudios de bibliografía analítica, fueron posteriormente cuestionadas al resurgir del olvido modalidades ignoradas de formas textuales que eran capaces de descomponerse y rehacerse constantemente, adaptándose y transformándose según los usos y las exigencias. Es el caso, por ejemplo, de los manuscritos de magia, los cuales revelan una extraordinaria capacidad de resistencia al paso del tiempo, así como de adaptación a las situaciones más dispares⁴. Los géneros, sin embargo, pueden ser muy diversos y los inventarios de las bibliotecas privadas revelan una notable presencia de manuscritos sobre los temas más variados, tal y como se ve, por ejemplo, en el reciente libro de Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo sobre bibliotecas de mujeres en el Valladolid del siglo xvii⁵.

El texto manuscrito, también con características de serialidad, ha comenzado a obtener una relevancia propia en los estudios más recientes de historia de la cultura. De hecho, el recurso a los copistas se convertía en inevitable cada vez que se necesitaban un número limitado de reproducciones o se pretendía eludir los controles preventivos establecidos para la imprenta por parte de las autoridades políticas y religiosas.

Éste es el caso de la producción destinada a un rápido pero intenso consumo, al cual me voy a referir, y que, por comodidad, he definido como periodística a causa de sus contenidos próximos a los sucesos de la actualidad política.

Las bibliotecas y los archivos europeos conservan abundantes testimonios de estos materiales, los cuales tuvieron un rol informativo fundamental durante toda la edad moderna, prosiguiendo, aunque con características evolucionadas, después de la Revolución Francesa. Sería muy útil hacer un elenco sistemático de las series más relevantes, al menos de aquéllas señaladas por Braudel en el *Record Office* de Londres⁶, de la serie que perteneció al duque de Urbino —ahora en la Biblioteca Vaticana—, de la extraordinaria colección de la Secretaría de Estado Pontificia⁷, de la de los Fugger en Viena y otras.

3. Sobre el tema de la publicación se pueden encontrar muchos elementos de interés en la recopilación de artículos que editan Christian JOUHAUD y Alain VIALA, *De la publication. Entre Renaissance et Lumières*, París, Fayard, 2002.
4. Federico BARBIERATO, *Nella stanza dei circoli. Clavicula Salomonis e libri di magia a Venezia nei secoli xvii e xviii*. Milán, Sylvestre Bonnard, 2002.
5. Pedro M. CÁTEDRA, ANASTASIO ROJO, *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo xvi*, Soria-Madrid: Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004.
6. Fernand BRAUDEL, *Civiltà e imperi del Mediterraneo nell'età di Filippo II*, Turín: Einaudi, 1976, p. 392.
7. Biblioteca Apostólica Vaticana, Urb. Lat. 1039-1109. La colección del duque de Urbino es una de las más conocidas y ricas, célebre ya desde el siglo xvii. Su importancia era ya destacada por el literato de Perugia Secondo Lancellotti, el cual, en su *Hoggidi* escribía: «Di bellissimo ingegno io stimo, che sia fatta la trovata d'invviare gli avvisi de' successi, massime de' prencipi di tutto il mondo in ogni parte e sapere quello che fassi in Roma, in Francia, in Ispagna, in Germania et altrove senza spendere un frullo. So che alcuni forse gli hoggidiani in particolare scuotono il capo dicendo che sono pieni di bugie. Vedendo io nella libreria del duca d'Urbino una conserva d'essi avvisi da 70 anni addietro in circa diedi un cenno ad un gentil'huomo ch'era meco, come di maraviglia, stando

Las historias del periodismo hasta ahora han tratado poco este aspecto, ignorando en general la función de la información manuscrita o relegándola al papel de simple curiosidad histórica. Igualmente, las historias del libro han dirigido una mirada, más bien distraída, a todo ese montón de materiales heterogéneos —hojas de mano, avisos impresos, relaciones, hojas volantes— que hacían referencia a la actualidad. Por el contrario, en estos momentos se es plenamente consciente de la necesidad de un trabajo comparativo que ponga en común las experiencias desarrolladas en varias regiones europeas⁸. Mi intención pretende, por tanto, ir en esta dirección y dar cuenta de algunos de los resultados de mis investigaciones de los últimos años⁹.

2. Orígenes de los avisos manuscritos

Sobre hojas expresamente concebidas para informar sobre los sucesos políticos y militares en curso, dotadas de una cierta regularidad, se tienen noticias desde el siglo xv. Los despachos de los embajadores de las cortes italianas durante la segunda mitad del siglo xv con frecuencia se refieren a *passi* (breves párrafos) extraídos de cartas de mercaderes y otros corresponsales, los cuales eran ensamblados y difundidos con una cierta periodicidad. El Archivo de Estado de Módena conserva, entre la correspondencia del duque de Ferrara, «hojas» de este período que contienen encabezamientos del estilo: «Copia de più capitoli di Novele in littere da Brugia Comenzata a 7 e finita a 31 de dicembre [1464]», «Copia de alcuni avvisi venuti di Franza dali bassadori fiorentini residenti alla corte per lettere. 16 marzo 1494», «Summario de lettere di Francia [1495]», «Sommario de lettere da Roma». Bajo estos títulos, aparecen de manera desordenada noticias de carácter político que habían sido recogidas de fuentes diversas, a veces explicitadas y a veces no.

Por estos mismos años, se empieza a tener noticia de compiladores profesionales de hojas de este tipo. Es conocida la figura de Benedetto Dei, llamado la

che corre la voce di non molta verità in essi. Negommi ciò quegli, dicendo che s'alcuna volta v'è qualche cosa d'opinione od incerta viene sempre ne' seguenti od approvata o riprovata. Si che acquistaron d'all'ora in qua qualche riputazione appresso di me tanto più havendogli veduti haver luogo honorato appresso quel serenissimo. Quando fossero instituiti io non so. Per avventura da che quel prencipe cominciò a conservargli». Secondo LANCELLOTTI, *L'hoggi di, ovvero gl'ingegni non inferiori a' passati*. Venezia, Venecia: Gio. Francesco Valvasense, 1681 [1a ed. 1623], II, p. 352.

8. Véanse las compendiosas observaciones de Pierre RÉTAT, Bilan et perspectives des recherches sur les gazettes en *L'information à l'époque moderne*, París: Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2001, p. 5-24 y de Brendan Dooley, Introduction en Brendan DOOLEY y Sabrina BARON (eds.), *The Politics of Information in Early Modern Europe*, Londres-Nueva York: Routledge, 2001, p. 1-16.
9. Me tomo la libertad de remitir al lector a mi libro *Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione (secoli XVI e XVII)*, Roma-Bari: Laterza, 2002 y a los siguientes artículos, en parte incluidos en el libro: «Le marché des informations à Venise au xviiè siècle», en Henri DURANTON y Pierre RÉTAT (eds.), *Gazettes et information politique sous l'Ancien Règime*, Saint-Étienne: Université de Saint-Étienne, 1999, p. 117-128; «The war, the news and the curious. Military gazettes in Italy», en Brendan DOOLEY y Sabrina BARON (eds.), *The Politics of Information...*, 2001, p. 216-236; «Roman avvisi: Information and Politics in the seventeenth Century», en Gianvittorio SIGNOROTTO y Maria Antonietta VISCEGLIA (eds.), *Court and Politics in Papal Rome 1492-1700*, Cambridge: Cambridge University Press, 2002, p. 212-228; «Gazettes imprimées et information politique dans l'Italie du xviiè siècle», en *Des moulins à papier aux bibliothèques*, Montpellier: Université Paul Valéry, 2003, II, p. 463-477.

«tromba dei principi», el cual abastecía a diplomáticos y hombres de corte de hojas semanales que contenían sucintas, pero significativas, informaciones alrededor de las «nuove e d'Asia e d'Africa e d'Europa»¹⁰.

El sistema se fue perfeccionando durante el siglo XVI. Así, en ciudades como Roma o Venecia, escritores profesionales, en el centro de ramificadas redes de correspondencia, redirigían hojas en las que unían noticias obtenidas de cartas y de otros avisos que habían recibido por correo, a las cuales añadían otras de composición propia. Las nuevas compilaciones obtenidas eran a su vez reproducidas en decenas de copias en copisterías equipadas para tal finalidad. Una vez escritas, se difundían por Italia y Europa mediante los correos postales, a través de las llegadas y salidas de los cuales se conseguía una periodicidad. En esta época, además, el establecimiento y la reorganización de los servicios postales empiezan a garantizar fechas fijas y seguras de transmisión.

A mediados del siglo XVI, el sistema estaba ya definido en sus líneas esenciales. Algunas (pocas) grandes ciudades europeas tendieron a asumir el papel de centro de producción y de difusión de documentos de este tipo. Se trata de ciudades en las cuales convergen complejas redes de relaciones políticas, diplomáticas, religiosas y comerciales, como por ejemplo, en Italia, Roma y Venecia; en Francia, París; en Alemania, Colonia y Frankfurt; en Flandes, Amberes; en Holanda, Ámsterdam. En estas ciudades se desarrolla, precisamente, un verdadero y genuino mercado de la información con varios profesionales compitiendo entre sí, capaces de ofrecer sus propias relaciones a quien pudiese adquirirlas: embajadores, eclesiásticos de alto rango, nobles y mercaderes, los cuales pagaban una suscripción semestral o anual. Tal clientela recibía servicios diversos en función de las exigencias o de las tarifas que abonaban: hojas italianas y extranjeras, avisos públicos con relaciones de sucesos reveladores, o avisos secretos, con noticias e informaciones más reservadas. Muchas veces, los escritores añadían a la redacción habitual de noticias un repertorio propio de textos políticos o satíricos ya preparados que se incluían en función de las demandas del cliente. Algunos también estaban en disposición de poner en circulación catálogos con tarifas proporcionadas¹¹.

En una ciudad como Venecia, este mercado se circunscribía sobre todo a los talleres de los amanuenses y a todos aquéllos que copiaban por oficio. Si, a menudo, muchos de ellos se limitaban a la simple reproducción pasiva de hojas compiladas por otros, los más organizados constituían auténticas agencias de información. A través de los servicios postales, recibían del extranjero correspondencias y otros avisos, a los cuales añadían la parte de información local, obtenida sobre todo recogiendo todas aquellas noticias que podían salir de los edificios de poder, donde llegaban correos y despachos de todas partes de Europa y del Mediterráneo.

10. C. DE MARZI, «Degli antecessori dei giornali», *Rivista delle biblioteche e degli archivi*, 24 (1913), p. 181-185; P. ORVIETO, «Un esperto orientalista del '400: Benedetto Dei», *Rinascimento*, núm. 20 (1969), p. 205-275.

11. Véase, por ejemplo, los despachos de Giovanni Francesco Vezzosi al duque de Módena, plagados de noticias sobre el mercado de los manuscritos en los años 1688-1692, en Archivio di Stato di Modena, Cancelleria. Estero. Ambasciatori, agenti e corrispondenti dall'estero, b. 125.

Los lugares donde acaecía la redacción podían frecuentemente transformarse (sobre todo en el siglo XVII) en lugares de discusión y de cotejo de los materiales. Un detalle de un cuadro de Antonio Carlevaris, datado hacia 1690 (figura 1), nos ofrece una elocuente representación de cómo debía desarrollarse este procedimiento y de cómo la redacción, la discusión y el disfrute interferían entre ellos. Un vendedor de hojas está sentado frente a su banco parado a los pies del campanario de San Marcos de Venecia. Al fondo, se ve la Biblioteca Marciana. Sobre el banco, están dispuestas numerosas hojas a granel y unos pocos volúmenes de mayores dimensiones. Sentado sobre una caja, un hombre desaliñado lee un volumen, quizás un libro viejo, probablemente una recopilación de escritos. Alrededor, se mueven personajes muy heterogéneos: patricios vestidos a la francesa que discuten y dos hombres con vestiduras orientales que pasan. La imagen sintetiza la situación con una extraña eficacia. En el palacio ducal, que está exactamente enfrente, se recogían los despachos oficiales que llegaban a Venecia de todas partes de Europa y del Mediterráneo. Secretarios y miembros de un numeroso patriciado empleado en una miríada de cargos leían, escuchaban y relataban los hechos de los que tenían noticia. La plaza era el lugar principal de la discusión. Allí, las noticias oficiales se mezclaban con las que provenían de otras fuentes: las de los mercaderes, las de las embarcaciones, las de los correos y las de las hojas que traían consigo, las de los extranjeros de paso, las de los espías y las de los provocadores. Los gacetilleros, siempre presentes, ofrecían en aquel escenario su propia síntesis de los sucesos, mezclando y recomponiendo lo que salía del palacio con cuanto surgía de la plaza. En este contexto, el manuscrito garantizaba una mayor libertad y una información menos sujeta a los vínculos de la censura. Allí donde el libro impreso tendía a la estandarización, un nuevo instrumento de comunicación movía las aguas oponiéndose con una cierta eficacia a la homologación.

3. Los nombres

Para definir este tipo de productos, he usado hasta ahora el término genérico de «hojas» (*fogli*). Sin embargo, es necesario precisar mejor los términos, ya que su propia historia contribuye a explicar la evolución de las formas materiales que vehiculaban la información.

Los nombres que adoptan estos materiales a finales del siglo XVI tienden a fijarse más o menos en toda Europa. En italiano, el término más habitual entre los siglos XV y XVII es el de *avviso*, el cual, sin embargo, no distingue entre el objeto y el contenido. Un aviso de Alemania podía ser, por ejemplo, una hoja que traía *nuove* (noticias) provenientes de Alemania o simplemente una noticia de Alemania. En Venecia también se usaba mucho, con el mismo significado, el término *reporto*, que pasaría después a Inglaterra como *report*. Por lo tanto, *reportista* era sinónimo de compilador de hojas o gacetillero. En Roma, en cambio, tuvo mucho éxito, desde la segunda mitad del siglo XVI hasta finales del XVII, la expresión *menante* para referirse precisamente al escritor de hojas de mano.

La palabra *gazzetta* comienza a ser registrada alrededor de 1560, y parece que se aplicaba preferentemente a la lengua hablada, para definir todas aquellas hojas de avisos de escaso crédito que podían circular por la ciudad. Seguramente por esta



Figura 1. Luca Carlevarijs, «La piazzetta e la Libreria» (óleo sobre tela, finales del siglo xvii), Ashmolean Museum, Oxford.

larga utilización popular, *gazetta* tuvo dificultades para entrar en los diccionarios monolingües. Por ello, tuvo que esperar hasta la segunda mitad del siglo XVII, después del afianzamiento de la *Gazette* de Francia. Tradicionalmente, se le atribuye un origen veneciano (también lo hace Voltaire en la *Encyclopédie*), aunque esto no se ha demostrado todavía. Además, es significativo que el término fuese registrado únicamente por el diccionario italiano-inglés *A Worlde of Wordes*, de John Florio, en 1598, una obra más sensible con la lengua hablada y con las voces de derivación dialectal que con el italiano docto. Bajo la entrada en plural *gazette*, se ofrece una definición precisa: «the daily newes or intelligence written from Italie, tales, running newes». En la segunda edición, de 1611, a esta definición se añadía «flim flam tales that are daily written from Italie, namely from Rome and Venice».

El diccionario de Florio apunta bien un aspecto central de estos escritos, los cuales se caracterizan precisamente por su ambigüedad: entre la información secreta y la destinada a la circulación pública a la luz del día. Como se ha apuntado ya, los principales compradores fueron durante mucho tiempo los embajadores de las cortes extranjeras, para quienes la recogida de información era una de sus actividades principales. Así, entre embajadores y compiladores de hojas se establecieron estrechos vínculos. De esta manera, los embajadores tenían un modo de obtener relatos ya preparados para ser enviados a sus propias cortes o un material útil para la redacción de sus despachos, que todavía —como aconsejaba el diplomático español Juan Antonio de Vera—, debían ser elaborados de forma que no fuesen tomados por «una gazetta di Roma o di Germania»¹². Los servicios del gacetillero eran también fundamentales para poner en circulación todas aquellas noticias que podían favorecer al propio país.

Veamos un ejemplo: entre 1616 y 1617, en Venecia, en momentos de gran tensión entre España y Su Serenísima, el embajador español marqués de Bedmar disponía, además de su propia y densa red de confidentes y espías, de algunos gacetilleros que compilaban semanalmente hojas muy buscadas a través de las cuales se difundían en Europa las justificaciones de la política de Felipe III. El suceso es interesante: uno de los principales colaboradores de Bedmar era Antonio Meschita, un gacetillero portugués de gran experiencia, autor de hojas antiveneccianas que enviaba a un selecto círculo de suscriptores. Esta actividad se desarrollaba puntualmente cada semana gracias a la ayuda de un pequeño grupo de colaboradores dirigidos por Meschita. Había quien, de jueves a sábado, recogía los avisos que provenían del extranjero y realizaba una selección de las informaciones que eran útiles; había quien paseaba por la ciudad para recoger las últimas voces, sobre todo en los lugares del poder y en las proximidades del puerto, donde arribaban las naves provenientes de Levante y de Poniente. A Meschita le correspondía al final la responsabilidad de redactar la versión última de la hoja, que, inmediatamente después, mandaba a sus ilustres clientes.

Todos los otros diplomáticos tenían, más o menos, una organización similar. El nuncio pontificio, el embajador francés y todas las cortes menores tenían análogas necesidades y mantenían relaciones de este tipo con los escritores de hojas, los cua-

12. Juan Antonio DE VERA Y FIGUEROA, *Le parfait ambassadeur*, París, 1642, p. 476.

les con frecuencia se hallaban en situaciones muy peligrosas. No eran raros los casos de asesinatos de gacetilleros, siempre relacionados con el contenido de las hojas que redactaban. De aquí deriva también la mala fama que tuvieron durante todo el Antiguo Régimen. El oficio de gacetillero era de alto riesgo y de escasa consideración: era el prototipo del escritor sobornado, indiferente a los argumentos de la verdad, siempre dispuesto a ofrecerse al mejor postor y a alterar por ello su versión de los hechos.

4. Las hojas

Desde el punto de vista material, durante todo el período que estamos considerando, la hoja de información no sufre grandes transformaciones. Los elementos constitutivos, el aspecto gráfico y los criterios de distribución de los contenidos se repiten de manera idéntica, y así serán retomados en las versiones impresas del siglo XVII. La hoja se abría con un encabezamiento formado por la fecha y el lugar de recopilación de las noticias. Seguían una serie de breves párrafos, redactados del modo más simple posible, dispuestos sin más orden que el del lugar de recopilación. Así pues, la materia sólo se reelaboraba de modo muy superficial. Las intervenciones eran mínimas y normalmente, si no había necesidades políticas, solían ajustarse a las dimensiones de la hoja.

Quien redactaba debía atenerse a algunas reglas esenciales de escritura. La narración debía ser la más simple y eficaz posible y tenía que evitar el uso de palabras insólitas o ambiguas. No se hacía ninguna concesión a la lengua literaria. Era preferible usar términos de la lengua hablada antes que correr el riesgo de no ser entendido. En el siglo XVII, no había nada más lejano de la elegancia y de la complejidad de la prosa barroca. También, se ponía mucho cuidado en las fuentes de las noticias, verificando a menudo las vías recorridas antes de ser incluidas en la página. Además, era oportuno dividir el contenido en párrafos distintos, uno por tema, siguiendo el modelo —se decía— de la vida de Cesare de Svetonio.

Incluso, si era necesario, se personalizaban las hojas. Es por ello que la persistencia del gran éxito de la información manuscrita dependió, en primer lugar, de la calidad de las noticias que estaban en disposición de ofrecer y de su flexibilidad. Había clientes que pedían una mayor recopilación de hojas, otros que deseaban una información más restringida o noticias seleccionadas. Un buen gacetillero, con una red europea de correspondencias, sabía también que debía tener en cuenta los intereses de los clientes ilustres a los que servía y que entre éstos estaba la exigencia de no favorecer la difusión de noticias que les pudiesen disgustar.

Otros aspectos a tener en cuenta tenían que ver con el trabajo de los copistas encargados de la reproducción de las hojas. Había que evitar los errores ortográficos, las abreviaturas y las correcciones, que, en caso que fuesen necesarias, debían ser evidentes y no quedar enmascaradas¹³. La grafía, en definitiva, tenía que ser legible y uniforme. A los compradores no les gustaba adaptarse a los cambios de

13. Pánfilo PERSICO, *Del segretario... Libri quattro ne' quali si tratta dell'arte e facoltà del segretario, della istituzione e vita di lui nelle repubbliche e nelle corti*, Venecia: Damian Denaro, 1620, p. 186-195; Tommaso COSTO, *Lettere*, Venecia: Barezzi, 1602, p. 370.

escritura —a causa de la edad o, en caso de no ser italianos, al no estar demasiado familiarizados con la lengua—, ni los caracteres demasiado pequeños.

5. La impresión de las gacetas

La impresión regular de estas hojas periódicas llegará más tarde, en las primeras décadas del siglo xvii, particularmente en localidades que no constituían puntos clave en el sistema de recopilación de la información. En Italia no se imprimieron gacetas durante todo el siglo xvii en las dos principales capitales de la información, Roma y Venecia, pero sí en Génova, Milán y Bolonia. La impresión era una tarea de tipógrafos que reproducían en caracteres móviles, sin intervenciones significativas ni en los contenidos ni en la forma gráfica, hojas de mano que ya habían tenido una circulación autónoma. Al principio, durante el siglo xvi, se sabe que ocasionalmente se habían estampado hojas volantes que tuvieron una gran difusión popular porque narraban batallas, ceremonias públicas y otros hechos capaces de estimular el interés común, pero que no establecían aquel contacto con el auténtico público que únicamente una periodicidad fija era capaz de alimentar.

Así pues, en el campo de la historia de la información política, la imprenta no fue el primer elemento característico, sino que más bien lo fue la periodicidad. Existía, además, otra distinción que sorprendía aún más: la de los avisos definidos «ordinarios» o «corrientes» y la de los «avisos secretos». La auténtica distinción que se percibía en la época era ésta. Los primeros (que podían ser impresos o manuscritos) contenían noticias de uso corriente que no despertaban preocupaciones de orden político, mientras que los segundos eran destinados desde el principio a ser difundidos en las cortes de los príncipes y entre los personajes de alto nivel político. El tratadista Pánfilo Persico, en un célebre libro sobre los deberes del secretario publicado por vez primera en 1620, explica claramente las razones de estos dos niveles: «Al principe e agli uomini di corte vanno le notizie riservate, ma per la città occorre consentire la circolazione delle notizie più innocue, poichè un eccessivo segreto avrebbe l'effecto di alimentare curiosità»¹⁴. En otras palabras, se teorizaba sobre la necesidad de ofrecer preventivamente una especie de información controlada que sirviese, de hecho, para preservar mejor la confidencialidad alrededor de las cuestiones más graves. Las gacetas impresas, autorizadas a veces con tal finalidad mientras se prohibía la circulación de los avisos de mano, prosiguieron, por tanto, con este filón. El ejemplo francés de la *Gazette* de 1631 es el más conocido y estudiado, pero hay muchos otros que suscitaron intensas discusiones a principios del siglo xvii, cuando se hizo evidente que los príncipes no eran capaces de mantener la más absoluta confidencialidad sobre sus acciones.

6. El público

Estas últimas observaciones conducen a algunas consideraciones sobre el público de estos materiales. A pesar de estar dirigidos a un público culto, ya a mediados

14. Pánfilo PERSICO, *Del segretario...*, 1620, p. 186-195.

del siglo XVI, las hojas de noticias políticas tienden a salir de aquellos ambientes y a difundirse también en ambientes más populares. En 1552, el poeta romano Mattio Franzesi se refiere a «lettere di chiasso» («cartas escandalosas») gracias a las cuales todos los de la ciudad adquieren familiaridad con los protagonistas de la escena política¹⁵. En Bolonia, en 1596, se abrió además un servicio público de pago para la lectura de hojas de avisos «di tutte le parti del mondo» obtenidas a propósito en Roma y Venecia¹⁶. Es sobre todo en el siglo XVII, aún antes de la difusión de las hojas impresas, cuando empiezan a tener una extensa circulación estas hojas. Creo que José Antonio Maravall identificó acertadamente este fenómeno como uno de los aspectos centrales de la época del barroco. Para Maravall, la sociedad del seiscientos es la primera que se caracterizó por formas de cultura de masa. Se convirtió en algo normal hablar de política por las calles, como entretenimiento común, mientras que en el siglo anterior cuestiones parecidas estuvieron exclusivamente reservadas a altos burócratas y cortesanos¹⁷.

Algunos grabados de Giuseppe Maria Mitelli de finales del siglo XVII, ilustran de manera muy eficaz el estado y el uso de los instrumentos de información de la época, en años de rápida evolución de las formas de comunicación, bajo el impulso de una extensa demanda por parte del público urbano. Estamos en los años posteriores al asedio otomano de Viena de 1683, justo después de la sorprendente reacción cristiana que rápidamente vio triunfantes las armadas austro-polacas en los Balcanes y la flota véneta en los mares de levante. El alivio por el peligro evitado motivó en toda Europa un intenso interés popular con los sucesos de la guerra. Quizás más que nunca, el interés hacia aquellos sucesos cruzó los límites de las clases dirigentes y contagió también a extensos sectores del público popular urbano italiano, y no sólo el de las grandes ciudades.

Una imagen del 1684 nos sitúa en Bolonia (figura 2). En el centro de la escena, hay un vendedor ambulante de hojas que ofrece su mercancía, gritando: «Compra chi vuole, Avisi di Guerra, Carte di Guerra a buon mercato a due bolognini l'una». Su cuerpo está literalmente cubierto por las hojas. Otras rebosan de una cesta colmada. Se vislumbran claramente las diversas tipologías de hojas en circulación: gacetas periódicas de ciudades italianas y europeas (se entrevén encabezamientos que se refieren a Bolonia, el lugar de la escena, y a Londres), avisos manuscritos, diarios militares (*Giornale XII*), relaciones ocasionales (*Nova relazione*) e imágenes grabadas que se refieren a los sucesos de la guerra (retratos del sultán, vistas de ciudades asediadas, esbozos de batallas).

Dos años más tarde, otra conseguida imagen retoma el mismo motivo. En *Dirindina fa fallò* (figura 3), un personaje de la Bolonia más popular, representado de manera cari-

15. Mattio FRANZESI, «Capitolo sopra le nuove a M. Benedetto Busini», en Francesco BERNI, *Il secondo libro dell'opere burlesche*. Florencia: Giunti, 1555, p. 58-59.
16. Piero BELLETTINI, «Pietro Vecchi e il suo progetto di lettura pubblica, con ascolto a pagamento delle notizie periodiche di attualità (Bologna 1596)», en Piero BELLETTINI, Rosaria CAMPIONI, Zita ZANARDI, *Una città in Piazza. Comunicazione e vita quotidiana a Bologna tra Cinque e Seicento*, Bolonia: IBC-Editrice compositori, 2000, p. 68-76.
17. José Antonio MARAVALL, *La cultura del Barocco. Analisi di una struttura storica*, Bolonia: Il Mulino, 1985.



Figura 2. Giuseppe Maria Mittelli, «Il venditore di bollettini di guerra» (grabado, 1684).

capturesca, da fuego al gran visir encadenado sobre una pira alimentada por las mismas hojas. Los sucesos de los años sucesivos no vieron una disminución de este género. Lo revela una viñeta de 1690 de Mitelli que representa un lector de avisos rodeado por un numeroso público que comenta agitado los sucesos: «Sta così!», «Non può essere!», «Oh, che follia», mientras que en el fondo dos personajes del mismo público acaban peleándose justamente por causa de las noticias que acababan de oír.

Escenas de este tipo no sucedían solamente en Bolonia. Estos mismos grabados, por ejemplo, traducidos en alemán y adaptados a las necesidades de otra situación política aparecieron tal cual en Alemania pocos años más tarde¹⁸. Escenas análogas se desarrollaron en todas las plazas europeas durante el siglo XVII, tal y como lo certifican muchas fuentes literarias, de la policía o de la censura.

Sobre el interés popular y sobre los diferentes niveles de discusión a causa de esta nueva familiaridad con la política, habría mucho que decir. En resumen, el rápido incremento de la circulación de este tipo de materiales difíciles de controlar determina un extraordinario aumento del interés de las plazas públicas por lo que respecta a la política. Los gobernantes son conscientes de estar frente a un fenómeno nuevo que les cuesta comprender y que no saben cómo tratar. Una prohibición total ya no es posible y se intenta, por consiguiente, responder con las gacetas impresas, las cuales permiten la posibilidad de ofrecer una información controlada. Pero el meca-

18. Hans-Jürgen LÜSEBRINK y Rolf REICHARDT, «*Kaufi schöne Bilder, Kupferstiche...*» *Illustrierte Flugblätter und französisch-deutscher Kulturtransfer, 1600-1830*, Mainz: Verlag Hermann Schmidt, 1996.

nismo se bloquea, porque los intereses del público son tales que no pueden ser apagados por los relatos oficiales que en Francia, por ejemplo, eran ofrecidos por la *Gazette* de Renaudot. Mientras el deseo de informaciones suplementarias tendió a no ser satisfecho, la discusión pública se animaba en diferentes niveles sociales por medio de figuras que basaban sus convicciones en diversos instrumentos de información y que alimentaban sistemáticamente la duda sobre las fuentes oficiales. En la segunda mitad del siglo XVII, en otras palabras, el fenómeno de la información pública impresa produjo un efecto completamente opuesto a las intenciones de aquéllos que la habían puesto en funcionamiento. La gaceta impresa que había sido propuesta como instrumento de información unívoco y, por tanto, controlable por parte de los gobiernos, acabó por convertirse en alimento de ulteriores curiosidades, hasta el punto de animar la búsqueda de otras fuentes de información capaces de penetrar en las estancias secretas del poder y de dar respuesta a aquellas exigencias que un instrumento «oficial» no podía satisfacer.

Poco después de 1650, Gregorio Leti, un célebre escritor de actualidad política huido de Italia a Ginebra, trazó un eficiente balance del cambio radical de perspectiva que la difusión de la información estaba motivando en las relaciones entre el poder y el pueblo. Leti se preguntaba si sería un bien para un príncipe permitir «ad ogni uno la libertà di parlare di cose di politica e di materie di stato»¹⁹.

Según Leti, la difusión de la información política podía constituir un límite a la tiranía de príncipes «cattivi e inclinati al male», prefigurando así un esbozo del setecentoso «tribunale della pubblica opinione». Según su opinión, la lectura de las gacetas inducía a los súbditos a juzgar sistemáticamente las acciones del príncipe. La «invenzione delle gazzette» había señalado un cambio de época. La difusión de las hojas de noticias había provocado una infinita curiosidad en toda la sociedad. «I principi —destacaba— l'hanno introdote per far sapere a' popoli la loro vigilanza nella conservazione dello stato», por contra «i popoli le leggono come sono scritte, ma l'interpretano come loro piace et il più sovente fanno del bene male, ma non già del male bene», «cuando non v'erano gazzette il popolo non sapeva mai ciò che faceva il prencipe, ma sempre il prencipe sapeva tutto quello che faceva il popolo. Le cose son tutte riversate al presente, perché il popolo sa tutto quello che fa il prencipe et il prencipe nulla di ciò che fa il popolo». Las condiciones del ejercicio del poder estaban, por tanto, transformándose profundamente. Si en el pasado el príncipe podía permanecer al margen del juicio de sus súbditos y ocuparse a tiempo completo de la acción de gobierno, la introducción de las hojas de información inducía a preocuparse por cómo determinados comportamientos podían ser representados sobre el papel. El cambio no era de poca importancia. Para Leti, el pueblo, que hasta entonces se había preocupado únicamente por sus quehaceres privados, se preparaba para transformarse de «popolo prencipe, d'ignorante virtuoso, di semplice scaltro e d'ubbidiente disubbidente».

Estamos en 1666. Los elementos de una sociedad regulada por la información pública empiezan a ser plenamente tenidos en cuenta.

19. Gregorio LETI, *Dialoghi politici o vero la politica che usano in questi tempi i principi e repubbliche italiane per conservare il loro stati e signorie*, Roma: Francesco Moneta, 1666, p. 241-289.